

LA IMAGEN DE LA CRUZ COMO FORMA DE EXORCISMO POPULAR

Miguel Ángel Mateo Saura

INTRODUCCIÓN

Gráfico recurrente desde tiempos prehistóricos, la de la cruz es, sin duda, una representación que en lo formal se muestra con una acusada simplicidad pero que, en su semiología, está dotada de una notable variedad de significados que vendrán determinados por los contextos culturales, sociales y simbólicos en los que se inscriba.

Ello ha motivado que a lo largo del tiempo, un signo formalmente tan sencillo haya aglutinado tal cantidad de contenidos y de valores trascendentes que no resulta demasiado arriesgado considerarlo como uno de los motivos antropológicos más recurrente y universal, acaso el máximo.

Así, ya presente en el arte rupestre prehistórico desde el Paleolítico, en él ha sido interpretado mayoritariamente como la abstracción humana más sencilla, si bien las diferentes variantes formales con que se nos presenta, con una disparidad de trazos horizontales, a veces hasta cinco, o la diversidad de contextos temáticos en los que se inscribe, en los que comparte espacio de representación con otros muchos signos y esquemas, incluidos los inequívocamente antropomórficos, nos lleva a pensar que ya en el contexto de estos primeros horizontes gráficos prehistóricos debió ser un motivo polisémico.

Sea como fuere, ha sido el cristianismo el que, sin duda alguna, ha conferido un nuevo significado a la cruz en el seno de nuestra civilización occidental. Así, está presente en ritos de paso trascendentales para el ser humano como son el nacimiento y la muerte, pero también en actos sociales como el noviazgo; en torno a ella se ha generado una amplia gama de creencias populares, en muchas de las ocasiones catalogables como paradigmáticas supersticiones, que giran en torno a su poder y carácter profiláctico, ya sea como azote de demonios, como ahuyentador de tormentas o como dador de la buena suerte.

En este contexto temático habría que incluir las representaciones cruciformes sobre las que reflexionamos en este trabajo.

ALGUNOS EJEMPLOS E HIPÓTESIS EXPLICATIVAS

Cuando, hace algunos años ya, iniciamos nuestras investigaciones sobre arte rupestre prehistórico en las sierras del Noroeste murciano, empezó a convertirse en un hecho relativamente frecuente el descubrimiento, en el seno de agrestes parajes y sinuosos barrancos, de algunas covachas en las que los motivos representados, en ocasiones los únicos, eran básicamente los de unos sencillos esquemas cruciformes de



Cruciformes prehistóricos del Abrigo de la Ventana I (Moratalla).



Abrigo rocoso de Las Buitreras II (Moratalla).

cronología claramente no prehistórica. Al ser, por su edad histórica, algo que se escapaba a nuestro objeto principal de estudio su análisis quedaba la mayor parte de las veces pospuesto para una mejor ocasión.

Sin embargo, fue el contacto con el interesante grupo de motivos de las Cuevas del Esquilo de Moratalla a raíz de los trabajos de prospección arqueológica desarrollados en la Rambla de Bajil, en la década de los años noventa del siglo pasado, el que nos impulsó a abordar un primer acercamiento a estas representaciones y a intentar buscarles una explicación (Mateo Saura, 1993). Desde entonces, el catálogo de ejemplos se ha visto engrosado notablemente, confirmando, en nuestra opinión, las hipótesis que ya planteamos en su día al estudiar aquellas representaciones de las Cuevas del Esquilo.

De entre el grupo de conjuntos debemos mencionar, en Moratalla, la ya citada de El Esquilo, con cuatro cruces patriarcales, del tipo de la conocida como Cruz de Caravaca, a las que le acompañan otros signos variados, un escudo mobiliario y la figura de una nao; el Abrigo de Capel, con tres motivos cruciformes, uno de modelo patriarcal de doble brazo y dos latinas; el Abrigo de las Buitreras, con tres cruces latinas de color negro; el Abrigo de las Alubias, con cruces latinas y dos de doble brazo horizontal; la Cueva Negra, con una cruz inscrita en círculo, y el Abrigo de Arroyo Tercero, con dos motivos cruciformes de modelo latino; de Mula, podemos reseñar el llamado Abrigo del Charcón, sobre la Rambla Perea en el paraje de Fuente Caputa, en cuyas paredes encontramos un nutrido grupo de cruces, de modelos muy variados, entre los que destacan las cruces con bulbo basal, las de tipo latino, e incluso una cruz potenziada del Temple (Mateo Saura, 1999).

Cuando abordamos el estudio de las pinturas rupestres históricas de las Cuevas del Esquilo, la hipótesis de trabajo que manejamos para intentar justificar su presencia fue la de relacionarlas con la situa-



Escudo heráldico y Cruz de Caravaca de la Cueva del Esquilo I (Moratalla).

ción social y política de la actual Comarca del Noroeste, en general, y de la Encomienda de Moratalla, en particular, a finales del siglo XV y primeros años del XVI. Hasta la conquista de Huéscar en 1488 y, sobre todo, del reino nazarí de Granada cuatro años más tarde, todo este territorio tuvo un marcado carácter de frontera, muy inestable y conflictiva.

Pero, a partir de ese momento, el panorama comienza a cambiar y aunque los Reyes Católicos desarrollarán una acusada política proteccionista de la ganadería, es ahora cuando se hacen concesiones de tierras que se roturan por primera vez, se extiende el regadío a numerosas zonas, se cultiva la vid y el cereal, se potencia el cultivo del cáñamo y del esparto, se explotan sistemáticamente los recursos forestales, sobre todo la madera, en manos francesas

desde finales del siglo XVI^[1], se potencian las salinas de interior, como las de Zacatín, y también se hacen concesiones para la actividad minera (Mateo Saura, 1993).

No obstante, ya desde mucho antes de este nuevo escenario, el carácter de frontera de la zona había revestido a la cruz con un halo especial como símbolo frente al infiel, hasta el punto de que cuando cambie la situación a raíz de la conquista de Granada, surja un potente movimiento de reforzamiento de la identidad cristiana, movimiento que, no obstante, ya se había gestado tiempo atrás. El surgimiento en pleno siglo XIII de narraciones y leyendas que evocan las excelsitudes de la Cruz confiere a la misma una simbología que invitaba a la lucha (Ballester, 1994), con especial significación en la cruz de doble brazo, popularmente conocida como Cruz de Caravaca, aparecida milagrosamente, según la leyenda^[2], a comienzos del siglo XIII.

Así las cosas, la necesidad de reforzar la identidad cristiana del territorio reconquistado frente al Islam podría justificar la proliferación de cruces en los diversos enclaves de la zona. De hecho, la mayoría de las que vemos pintadas en las covachas se localizan en rutas de paso natural, ya sea en cursos de ríos (Arroyo Tercero y Abrigo de Capel) o de ramblas (Las Buitreras, La Alubias y Cuevas del Esquilo).

Comienza también ahora una importante tradición de peregrinaciones, entre las que se apunta incluso la del propio rey



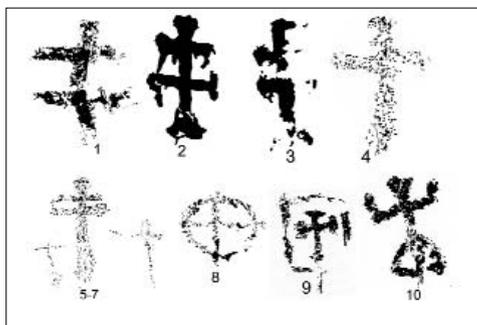
Cruces latinas del Abrigo de las Buitreras II (Moratalla).

Fernando en 1489 al santuario, justo antes del asedio de Baza, si bien no hay prueba real de la misma, aunque sí de la ofrenda realizada, por parte de varios soldados caravaqueños que habían participado en la contienda, de una lámpara votiva por este hecho (Ballester, 1994: 24). La cruz adquiere pronto un halo de protectora y milagrosa, y esa aureola lleva consigo la realización de un rico ritual en el que se incluyen variados ceremoniales como el baño de la cruz en agua, la bendición de los campos y las cosechas, o el conjuro contra las tormentas y las tempestades.

En este clima de veneración a la Cruz, la presencia de estas representaciones cristianas sobre las paredes de covachas, en agrestes paisajes, podría admitir varias explicaciones. Una de ellas podría ser su aceptación como indicadores del uso de las cuevas como eremitorios rupestres durante un período de tiempo determinado, quizá inmerso en este contexto general de apariciones de vírgenes y culto a la cruz extendido en los inicios del siglo XVI y relacionado con lo que supuso el fin de las luchas seculares contra Granada, en el que la Cruz se muestra no ya sólo como símbolo militar contra el infiel, sino también como redentora del hombre (Rodríguez, 1988).

Pero también manejamos la posibilidad de que el empleo generalizado de la cruz, junto a otros símbolos cristianos, en las paredes de cuevas en estos rudos entornos fuera por sí mismo un modo de cristianización de una tierra que hasta entonces había estado bajo influjo del Islam, independientemente de que ello conllevara la eventual utilización del lugar como eremitorio. Sabemos que ésta fue una práctica muy extendida por Andalucía oriental, en donde adquiere múltiples formas de expresión, sobre todo a modo de *graffiti*, que vemos inscritos en lugares tan variados como son los aljibes o los muros de los castillos, entre otros (Cressier, 1986).

Esta práctica de representar signos cristianos con el fin de exorcizar el paisaje



Cruces: 1. Abrigo de las Alubias (Moratalla); 2-3. Cueva del Esquilo (Moratalla); 4. Abrigo de Arroyo Tercero (Moratalla); 5-7. Abrigo de Capel (Moratalla); 8. Cueva Negra (Moratalla); 9. Abrigo del Charcón (Mula); 10. Cueva del Tío Labrador I (Lorca). Dibujos de M. A. Mateo Saura. Diversos tamaños.

explicaría la relativa abundancia de ejemplos que documentamos en esta comarca del Noroeste murciano y también fuera de ella. A los ejemplos ya reseñados de Moratalla y Mula, debemos adjuntar por su significación, el de la Cueva del Tío Labrador I de Lorca que, localizada en las inmediaciones de las fortalezas musulmanas, más tarde cristianas, de Tirieza y Xiquena, contiene, entre otros motivos, el de un gran elemento cruciforme con bulbo basal (Mateo Saura, 1999).

Paradigmático es también el caso del Abrigo de Ángel Colomer, en Liétor, al que está asociado un hábitat musulmán de tipo rural, que a tenor de los materiales recogidos en superficie hay que situar en torno a los siglos XII-XIII (Jordán Montés y Mateo Saura, 2004), en cuyas paredes encontramos varios motivos pintados, siendo el más destacado el de una cruz de doble brazo horizontal, ramificada en su base por múltiples trazos.

Este detalle de los trazos distales nos lleva a pensar que este modelo rememora a la propia cruz como representación de un árbol, tal y como se evoca en determinados pasajes del ritual litúrgico cristiano en los que se alude a la cruz como “árbol” o “leño” santo. A modo de ejemplo, citemos como referencias las que podemos



Exorcismo de las cruces.

encontrar en la tercera parte de la acción litúrgica de Viernes Santo, en donde leemos alusiones como “*Ecce lignum Crucis..*” (“He aquí el leño de la Cruz...”), o “*Cruz fidelis inter omnes, arbor una nobilis...*” (“Cruz fiel, el más noble de todos los árboles...”), entre otras (Molina, 1962).

Por tanto, parece verosímil pensar que la representación de cruces en parajes montanos durante mucho tiempo fronterizos, al margen de que estuvieran caracterizados también como oratorios, bien pudo ser una forma de exorcismo popular con el que cristianizar lugares que hasta entonces habían estado bajo dominio y control del Islam.

De hecho, en el ámbito de la literatura popular encontramos los ecos de esta vieja creencia en algunas coplillas, como esta que reseñamos, que si bien está dedicada a Santa Bárbara con vistas a obtener su favor y protección ante las tormentas, recoge una curiosa relación entre los “moros” y la Cruz (Navarro, 2005: 210). Dice así:

*Santa Bárbara bendita,
que en el cielo estás escrita,*

*con papel y agua bendita,
y los moros en la cruz,
Padre Nuestro, amén, Jesús.*

Pero el arraigo de la Cruz entre la gente desde fechas tan tempranas es tan acusado, y la firme creencia de su valor apotropaico es tal, que rápidamente se difunden otro tipo de costumbres como la de regalarla como símbolo garante protección y, sobre todo, la de colocarla en lo alto de la casa, o también en su interior, para ahuyentar la adversidad. Estas prácticas sobrepasan las fronteras murcianas, encontrándolas en otros puntos tan alejados como Extremadura (Melgares, 1991).

Sin duda, contribuyó a esta amplia difusión de la simbología de la Cruz la importante trashumancia del ganado, hasta el punto de que ésta es anterior a la instauración oficial de la Mesta, ya que en 1271 se documenta el trasiego de ganado manchego procedente de Alcaraz hasta tierras de Cartagena, siendo Moratalla paso obligado en esta ruta, o la trashumancia desde lugares mucho más alejados como es el caso de los rebaños extremeños, que permanecen aquí desde septiembre a marzo, hasta el punto de que Alfonso XI ordena en 1339 que estos ganados sean trasquilados antes de salir del Reino de Murcia y que la mitad de la lana se entregase en las aduanas de Murcia y Lorca (Torres y Molina, 1980).

Los indudables efectos milagrosos de la Cruz de Caravaca, eficaz para sanar toda clase de dolencias, es objeto de recopilación en el anónimo titulado *La Santa Cruz de Caravaca. Tesoro de oraciones*, en el que se compendian un amplio conjunto de prácticas con las que librarse de hechizos y encantamientos por medio de bendiciones y, llegado el caso, de exorcismos (Navarro, 2005).

Quizás por todo ello no se hace extraño encontrarla en los lugares que a nosotros nos podrían parecer insólitos pero que formaban parte de la vida cotidiana de nuestros antepasados hasta hace no demasiado

tiempo. Es el caso de las construcciones rurales dedicadas al almacenaje de los aperos y que sirven también como eventual refugio, sobre todo cuando se localizan en espacios montanos. Cruces latinas y más frecuentes de doble brazo, las típicas cruces de Caravaca, ocupan el espacio de las jambas de la puerta de entrada en algunas de estas construcciones en la creencia, pensamos, de que su poder apotropaico ahuyentará todo mal y protegerá a sus moradores de cualquier adversidad, ya sea de tipo espiritual o también bajo la forma de fenómeno natural.



Construcción rural del paraje del Arrayán (Moratalla).

Al respecto, nos llama la atención que en algún caso, estas imágenes compartan determinados convencionalismos, entre los que sobresale el de rematarla en su extremo inferior por medio de varios trazos que hemos interpretado como las raíces del leño de la Cruz, al modo en que lo hemos reseñado para la cruz del Abrigo de Ángel Colomer de Liétor, pero que también vemos, por ejemplo en alguna de las cruces grabadas en las jambas de la puerta de entrada de una construcción rural del paraje del Arrayán, en Moratalla.

CONCLUSIÓN

La presencia de motivos cruciformes en los horizontes gráficos prehistóricos nos hablan de la notable antigüedad de este elemento iconográfico como portador



Cruces: 1. Abrigo de Ángel Colomer (Liétor); 2. El Arra-yán (Moratalla).

de un acusado simbolismo para el hombre. Desde aquellos primeros estadios, los diversos contextos culturales en los que se ha mantenido le han conferido una notable diversidad de significados que, aunque no siempre caracterizados como religiosos, pensemos en cruces como simples marcas de frontera o de paso, en el contexto de nuestra cultura occidental debemos vincular, en la mayor parte de las ocasiones, a la profunda huella cristiana.

Al menos así lo creemos cuando nos referimos a los ejemplos que hemos expuesto en este trabajo, curiosos cuanto menos por el entorno en el que se localizan y que en nuestra opinión revelan un uso de la imagen de la cruz como forma de exorcismo popular, ya sea para ahuyentar viejos miedos o demonios, o como forma de reconquista espiritual de un territorio durante mucho tiempo sometido al poder del Islam.

BIBLIOGRAFÍA

- BALLESTER LORCA, P. (1994): *La Veracruz de Caravaca. Una historia, un símbolo, una fe*. Murcia.
- CRESSIER, P. (1986): "Graffiti cristianos sobre monumentos musulmanes de la Andalucía oriental" una forma de exorcismo popular". *Iº Congreso Medieval en España*. Zaragoza, pp. 273-291.
- GARCÍA GARCÍA, M. (2003): *Moratalla a través de los tiempos. Historia de una villa santiaguista en el Reino de Murcia*. Murcia.
- JORDÁN MONTÉS, J. F. y MATEO SAURA, M. A. (2004): "La estación rupestre 'Ángel Colomer' (Liétor, Albacete)". *Homenaje a Miguel Rodríguez Llopis*. Albacete, pp. 165-188.
- MATEO SAURA, M. A. (1993): "Documentos para la

historia moderna de Moratalla. Las pinturas rupestres de la Cueva del Esquilo". *Antigüedad y Cristianismo*, X. Murcia, pp. 593-608.

- MATEO SAURA, M. A. (1999): *Arte rupestre en Murcia. Noroeste y Tierras Altas de Lorca*. Editorial KR. Murcia.
- MATEO SAURA, M. A. (2005): *La pintura rupestre en Moratalla (Murcia)*. Murcia.
- MELGARES, J. A. (1991): *Crónicas para la historia de Caravaca*. Murcia.
- MOLINA, V. (1962): *Misal completo*. Valencia.
- NAVARRO EGEA, J. (2005): *Supersticiones y costumbres de Moratalla*. Real Academia Alfonso X el Sabio, Murcia.
- RODRÍGUEZ LLOPIS, M. (1988): *Documentos para la historia medieval de Moratalla*. Academia Alfonso X el Sabio, Murcia.
- TORRES FONTES, J. y MOLINA MOLINA, A. L. (1980): "El adelantamiento murciano, marca medieval de Castilla". *Historia de la Región de Murcia*, IV. Murcia, pp. 2-103.

NOTAS

1. En la propia Cueva del Esquilo, junto a la representación de una nao de inicios del siglo XVI, encontramos la imagen de un escudo heráldico que, en su tercio superior, muestra las letras J V I (¿?), que relacionamos, eventualmente, con un tal Juan de la Vega, factor maderero que desarrollo su actividad en la Encomienda de Moratalla desde 1633 (García, 2003; Mateo Saura, 2005); hay nuevas roturaciones, como las de Otos en 1503 o Benizar entre 1510-1520; en cuanto a las salinas, en 1569 las de Zacatín producían 3.045 fanegas, y 5.112 en 1571, con una media en el periodo 1568-1578 de 4.603 fanegas; en la actividad minera, se hacen numerosas concesiones para la explotación de alcrébite (azufre), salitre, alumbre, caparrosa e, incluso, el 10 de abril de 1630 se hace concesión a Blas Navarrete para la explotación de una mina que parecía ser de oro y plata (Mateo Saura, 1993).
2. Según la leyenda, en fecha de 3 de Mayo de 1231, llegó el rey moro Abuzeid (Ceyt Abuceyt) a Caravaca procedente de Valencia y liberó a varios prisioneros, entre los que se encontraba el sacerdote D. Gines Pérez Quirino. Este se dispuso a celebrar una misa en presencia del rey pero interrumpió su ejercicio ante la ausencia de una cruz en el altar preparado al efecto. En ese instante, "se abrió un arco en la pared y vieron entrar dos ángeles con una cruz y asentarla en el altar". A raíz de ello, se convirtieron muchos moros y el rey permitió edificar una capilla en el interior del castillo. Sobre el Aparecimiento de la Cruz en Caravaca pueden consultarse los trabajos de BLEDA, J. (1600): *Libro de la Cruz*, y ROBLES CORBALAN, J. de. (1615): *Historia del misterioso Aparecimiento de la Santísima Cruz de Caravaca*. Madrid. Más reciente, GONZÁLEZ BLANCO, A. (1993-1994): "La leyenda de la Cruz de Caravaca y la historia de la villa al filo del comienzo de la reconquista". *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 9-10. Murcia, pp. 293-300.